

## Desilusión

## El Nacionalismo Triste

POR LORENZO MEYER

**E**L término "nacionalismo triste" se lo escuché hace poco a don Luis González al responder a una pregunta que se le formuló al finalizar una conferencia sobre la historiografía mexicana. Usó el calificativo de triste para contrastar el deprimido estado de ánimo que domina hoy en México con el optimismo que prevalecía entre los criollos novohispanos en vísperas de la independencia. Como se recordará, al iniciarse el siglo XIX la elite criolla mexicana creía muy veras que a México sólo le faltaba librarse de los lazos que la unían con España —lazos que implicaban la existencia de trabas irracionales a la economía colonial— para convertirse en una de las grandes naciones de la tierra, tan fuerte y respetada como las europeas y, desde luego, digna competidora de Estados Unidos.

★

**E**L optimismo criollo —término también acuñado por don Luis González— suponía que la grandeza de la nación mexicana se iba a asentar en esa enorme riqueza material que había sido anunciada a los cuatro vientos por el barón Von Humboldt. Este optimismo duró poco, y se acabó no tanto porque la riqueza material resultó ser menor de lo que se suponía, sino porque la sociedad en que se iba a anclar el proyecto criollo falló. En efecto, el grueso de la población mexicana no estuvo en condiciones de asumir su papel de actor consciente en la construcción de grandeza nacional.

El triunfo del liberalismo, y sobre todo su consolidación como una dictadura personal a partir de 1888, dio a México la estabilidad necesaria para poder iniciar un difícil y des-

equilibrado proceso de modernización y de construcción de la nación, aunque ya no fue posible recuperar todo el tiempo perdido. De cualquier forma, un modesto optimismo volvió a aflorar entre la élite terrateniente. Esta vez el objetivo ya no fue hacer de México una gran potencia, simplemente una nación relativamente moderna, capaz de defender su soberanía frente a las potencias. Al final de cuentas, la sociedad le volvió a fallar a la élite, y el proyecto terminó en una

de las más cruentas revoluciones de América Latina.

La furia y destrucción que trajo consigo la Revolución Mexicana hizo que más de uno desesperara por el destino nacional, pero cuando el polvo y el fuego de la lucha se asentaron, un nuevo grupo dirigente se decidió —por fin— a incorporar a todos los sectores sociales —incluida la masa indígena— en la tarea de construir la nación. En buena medida los revolucionarios lograron lo que se propusieron.

El nacionalismo es siempre el resultado de una lucha contra el mundo externo y la Revolución Mexicana tuvo materia prima de sobra, pero su conflicto con Estados Unidos se extendió a lo largo de tres decenios. Con la expropiación petrolera de 1938, el nacionalismo mexicano logró uno de sus momentos cumbre.

★

**E**L sentimiento nacional que surgió de la Revolución tuvo, sin duda, lados débiles y oscuros, pero en términos generales fue una fuerza positiva en la tarea por unir y modernizar a México, por darle sentido a su futuro. Para los años sesentas, propios y extraños hablaban ya del "milagro mexicano", y la euforia del auge petrolero de fines de los sesentas hizo soñar al grupo dirigente junto con una buena parte de la clase media, y un numeroso contingente de las clases populares, con un futuro cercano en que México podría abandonar definitivamente su condición de país subdesarrollado para entrar en el de "potencia media".

Este modesto optimismo de hace apenas un lustro se volvió a frustrar con una rapidez y brutalidad no esperadas. Lo que hoy vemos es justamente el resultado de esa desilusión: el paso abrupto del optimismo nacionalista al nacionalismo desilusionado, triste. Paradójicamente, hoy existe, más que en el pasado inmediato, uno de los elementos indispensables para activar la conciencia nacionalista: el conflicto con el mundo externo, pero lo que falta es la confianza en nuestra capacidad para enfrentar el reto.

El nacionalismo triste de hoy es, a la vez, conciencia del conflicto y frustración

8-X-86

al no poder enfrentarlo con la confianza en el triunfo. La élite gobernante rechina los dientes de rabia y expresa una indignación mal contenida al ver la insolencia con que se le pone en duda en el exterior —especialmente en Estados Unidos— y cómo se le imponen soluciones que obviamente van en detrimento del proyecto nacional y de su propia legitimidad, particular en el caso de la deuda externa. Sin embargo, esa élite herida en su orgullo de líder de un proyecto nacional no usa su

conflicto con la banca internacional o con Estados Unidos para movilizar en su favor a los sectores sociales, pues sabe bien los peligros que ello encierra. Por un lado, existe la posibilidad de que la sociedad simplemente no le responda, porque ya le perdió la confianza, (las críticas de corrupción que se hacen desde fuera al gobierno mexicano, no son consideradas calumnias por una buena parte de la opinión pública, sino acusaciones muy probables); por el otro, hay el peligro de que una movilización nacionalista se salga

de las manos de sus promotores y éstos se queden prensados entre la presión externa y la interna.

Un nacionalismo triste simplemente no es viable, no se puede mantener la fe en el destino nacional a través de una mera lucha de retaguardia. Por otro lado, el vigor que está perdiendo el nacionalismo posrevolucionario parece que no está ganando el regionalismo. A partir de la crisis la irritación de la sociedad local contra el gobierno central —y de rebote contra nosotros los capitalinos— ha aumentado a ojos

vista. Las frustraciones del proyecto nacional han llevado a que lo mismo en Chihuahua que en Michoacán, en Sonora que en Jalisco, se vea al Gobierno Federal como el gran culpable y como una fuente inagotable de males. En un buen número de estados la energía que podría usarse en defender una moratoria o algo parecido se está gas-

tando en hablar o actuar —cuando se puede— en contra del gobierno central y su partido.

En resumen, creo que hay una relación directa entre las frustraciones que ha traído el fracaso del proyecto nacional posrevolucionario con una pérdida de energía nacionalista, con el surgimiento de un regionalismo agresivo y con la

demanda de democracia como defensa contra el centralismo autoritario. El nacionalismo triste y el regionalismo agresivo —y su demanda de democracia— son una reacción ante el incumplimiento de las responsabilidades fundamentales de una clase dirigente que no supo estar a la altura del proyecto nacional que ella misma elaboró.